

pero nuestro propósito no es otro que el de congratularnos por la aparición de este libro, traducido esmeradamente por Norberto Pinilla.—MILTON ROSSEL.



VIDA Y PASIÓN DE LA CULTURA EN AMÉRICA, por *Luis Alberto Sánchez*.—Editorial Ercilla, Santiago.

Antologistas e historiadores críticos y literarios de Hispanoamérica, muchos hemos tenido hasta aquí. Especie de encomenderos «a priori», se han repartido cómodamente los latifundios conquistados por poetas y escritores con sangre de su espíritu. Pero, faltaban los Colones que descubrieran los orígenes y aborígenes de nuestro continente estético, precisamente.

Hace algunos lustros, no se sospechaba siquiera la existencia de una raíz artística, de zumos auténticos, en la fisiología de nuestra sensibilidad. Se hacía derivar todo efecto e influencia de afluentes culturales extranjeras, de España, sobre todo. Bien. Continuando la metáfora, diremos que sólo ahora vienen apareciendo en los horizontes esos Colones y Adelantados, descubridores y conquistadores de una autóctona causa artística y social en América: Ricardo Rojas, Henríquez Ureña, Vasconcelos, etc., entre nosotros mismos. Y el conde de Kayserling y Paul Morand, forasteros andantes, compulsaron o vislumbraron también, el uno, realidades latentes y el otro, posibilidades futuras de un arte y de una personalidad indoamericanos. Y aquí tenemos ahora, a Luis Alberto Sánchez, entre los más adelantados de los nuestros.

Decimos «ahora», refiriéndonos a su último libro. «Vida y Pasión de la Cultura en América», son vértebras dislocadas aun en el tiempo—quizá algunas no bien clasificadas—pero macizas y dan una idea integral del esqueleto cultural del continente. Elementos precisos y preciosos, (en manos del autor mismo o de

otro autor, como él, esforzado) para la reconstrucción posible del organismo completo.

Luis Alberto Sánchez ha cogido en su obra todos los aspectos e idiosincrasias de nuestra estructura sentimental; ha medido todos los ángulos problemáticos, y a la vez ha «profundizado» a través de las someras apariencias, los fundamentos étnicos, morales y culturales que informan dicha sensibilidad. Sólo en segundo término aparece, a nuestro juicio, el interés del autor por lo meramente ideológico. Así dice, en las páginas 12 y 13 de su libro: «Pero Menéndez y Pelayo y, con él, don Juan Valera y Rubió y Lluch y toda la falange de faros de la España—fin de siglo—imaginaron nuestra literatura como un retazo o provincia de la española. De ahí que don Marcelino creyera posible escribir una «Historia de la Literatura Hispanoamericana», desde Madrid, sin haber aspirado el perfume de nuestras selvas, sin haber saboreado nuestras chirimoyas aromosas, nuestros aguacates succulentos, nuestros priscos jugosos, nuestros capitosos plátanos, nuestros lascivos mameyes; sin haber mecido la vista al compás ofidiano de una mulata, sin haberse encrespado al áspero y calino olor de una negra antillana, ni olvidado la «soleá» y la «petenera» ante la rumba sensual, el danzón lánguido, el enroscante tango, la cueca viril o la repiqueteadora marinera; sin haber conocido nuestras selvas, sin haber entrevisto nuestro Caribe, nuestro Pacífico; sin sospechar el auténtico dolor del indio, colorista experto y entristecido de todas las horas...».

Trozo de síntesis. Perfectamente: es de los principios sensibles, de donde se ha de partir para arribar al conocimiento de lo cultural y artístico de los pueblos. Sólo después aparece en ellos lo metafísico. Primero, el corazón, y los nervios; después, el cerebro. Y ésta es, creemos, la intención capital del autor de «Vida y Pasión de la Cultura en América»; aunque a continuación del trozo transcripto, y ya durante todo el libro, la abundancia de doctrina e interpretación ahoguen un tanto la cordial y primaria intención de la obra. Abundancia que no es un demérito: es otra

clase de mérito. Efectivamente, hay en el decurso del libro, capítulos espléndidos, cuajados de conceptos y sugerencias, (algunos quizá aparentemente complicados; pero casi todos, plenos de acierto), y, en los cuales capítulos, a un zigzaguear de afirmaciones sigue la copiosa demostración.

Faltaría ahora, como el autor se lo propone, construir en otro volumen, según planos de arquitectónicas consecuencias, el grande y definitivo edificio de la cultura general en América.—

GMO. KOHNENKAMPF CISTERNAS.

■

LA MORENA DE LA LOMA, por *Lautaro Yankas*

A poca distancia de la primavera florecen algunos árboles, los más entusiastas, y los otros se aprestan para el milagro. Los literatos no se quedan a trasmano. Mariano Latorre, Mari Yan y Lautaro Yankas nos lo afirman con sus entregas. No ha conseguido el invierno anquilosar las plumas o escarchar los tinteros.

*La Morena de la Loma* no es una novela que desentone dentro de la especialidad del autor. A diferencia de otros, Yankas ha vivido en el sur, ha hecho la vida contemplativa entre los personajes de sus propios libros, aun cuando, un tanto circunspeto, no logra congraciarse con todos ellos, apresarlos en un círculo de aguda simpatía.

No hace mucho se acusó a Lautaro Yankas de obstinación estilística.

Es un viejo problema que no pierde actualidad éste de la forma y el fondo. Son escogidos los que logran unificar estos elementos. Algunos olvidan lo primero por lo segundo o viceversa.

La verdad es que no se puede encarar el arte con finalidad preconcebida. Toda vez que se lo intente, el artista tendrá un fracaso que contar, porque el arte es una como necesidad fisio-